

ÁPEGO AL LUGAR Y PREFIGURACIÓN POLÍTICA EN LA DEFENSA DEL BOSQUE NIXTICUIL EN GUADALAJARA

ADRIÁN HIPÓLITO HERNÁNDEZ*

Resumen

El impacto que tienen las emociones en las experiencias de resistencia por la defensa territorial es un tema poco abordado en los análisis que desde las Ciencias Sociales se están haciendo respecto de los movimientos sociales en México. En este artículo se presentan algunos hallazgos de un trabajo más amplio de investigación en el que se analiza la importancia que ellas tienen en procesos de organización para la defensa de los bosques en el Área Metropolitana de Guadalajara. Lo que aquí se presenta es parte del análisis (aún en curso) de la forma como se articulan las emociones asociadas al apego al lugar y las prácticas políticas prefigurativas, con la experiencia de la organización comunitaria en torno a la defensa del bosque El Nixticuil. Lo anterior permite complejizar la comprensión de un proceso de defensa territorial que se ha mantenido durante quince años en el norte de Zapopan, Jalisco.

Palabras clave: emociones, apego al lugar, prefiguración, territorio, despojo, guerra

-
- Licenciado en Historia y maestro en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara. En la actualidad es doctorante en Ciencias Sociales en la misma universidad. Desde hace quince años es miembro del *Comité en Defensa del Bosque El Nixticuil*, organización comunitaria que realiza iniciativas autogestivas diversas para la conservación del bosque, ubicado al norte de Zapopan, Jalisco. Contacto: adrian.g.zh@gmail.com. Recibido: 16/2/2020. Aceptado: 25/4/2020.

ATTACHMENT TO THE PLACE AND POLITICAL PREFIGURATION IN THE DEFENSE OF THE NIXTICUIL FOREST IN GUADALAJARA

Abstract

The impact that emotions have on experiences of resistance for territorial defense, is a topic that has been little addressed in the analyses that are being carried out in the social sciences, regarding to social movements in Mexico. This article contains some findings from a broader research paper that analyses the role that emotions have in organizational processes for the defense of forests in the Guadalajara Metropolitan Area. What is presented here is part of the analysis (still ongoing) of the way in which emotions associated with attachment to the place and prefigurative political practices are articulated, with the experience of the community organization around the defense of the El Nixticuil forest. The above allows to complex the understanding of a territorial defense process that has been maintained for fifteen years in the north of Zapopan, Jalisco.

Keywords: emotions, attachment to place, political prefiguration, territory, dispossession, war

Introducción

Este trabajo aborda un tema ubicado en el contexto de despojo ambiental y guerra existente en la actualidad, así como en el que se despliegan diversos conflictos generados por la devastación en distintas geografías de México. Se trata de la emergencia de la organización social en defensa del territorio y en resistencia a los proyectos que implican el despojo y la destrucción de los bosques que aún existen dentro de la ciudad y en los márgenes del Área Metropolitana de Guadalajara (AMG).

El trabajo analítico que presentamos tiene como objetivo hacer una aportación a la discusión, cada vez más amplia, respecto de la importancia de las emociones en la movilización social; es decir, analizar las emociones que se asocian a la defensa del territorio como un factor que explica los procesos y prácticas de resistencia al despojo. En particular, abordamos

el tema mencionado a partir de la experiencia organizativa del Comité en defensa del bosque El Nixticuil (en adelante, el Comité o el colectivo).

La premisa de que partimos sugiere que las formas de participación en los procesos de resistencia contra el despojo del bosque están íntimamente relacionadas con las emociones y los vínculos afectivos que los sujetos establecen con el lugar, con el territorio que defienden. A su vez, dichos vínculos forman parte de un conjunto de expresiones subjetivas afectivas a través de las cuales los sujetos van generando nuevos tipos de relaciones con sus territorios, lo que propicia la permanencia de los sujetos en las acciones de resistencia. En este sentido, afirmamos que el proceso de defensa del bosque no podría entenderse sin conocer la dimensión emocional que forma parte de las prácticas políticas del Comité, impulsándolas y sosteniéndolas cotidianamente. De allí que indagar sobre las emociones que hacen posible mantener la resistencia contra el despojo y destrucción del territorio ha sido indispensable para lograr una comprensión más compleja y profunda de las implicaciones que ello tiene, tanto para los sujetos que resisten, como para el propio territorio que defienden.

La discusión fundamental aquí, tiene como eje el concepto de *apego al lugar*, asociado a las *prácticas políticas prefigurativas*. A partir de estos dos elementos, se busca explicar la experiencia de lucha del Comité. En el análisis de las formas de apego al lugar y las prácticas políticas prefigurativas en la defensa territorial del Comité, se toma como punto de partida la lucha del colectivo en torno a la defensa del bosque, para analizar en ella la relevancia que ha tenido el afecto al lugar y los cambios que han presentado las formas de apego a lo largo de quince años de resistencia. Asociado a lo anterior, se analiza cómo dicho apego al lugar se traduce en prácticas en las que se va prefigurando cotidianamente el horizonte político del colectivo.

Estos primeros aportes sobre la investigación se inscriben en un campo de investigaciones académicas que tiene limitados referentes empíricos. En la literatura sobre emociones y movimientos sociales en México se destacan los trabajos de Poma y Gravante (2017, 2013, 2015 y 2018); en la vertiente que explora la prefiguración política en estas expe-

riencias en el país aparecen trabajos como el de Poma (2019) y el de Regalado y Gravante (2016).

Hacer investigación desde el sujeto

El enfoque epistémico-metodológico de que partimos está centrado en el sujeto (Sandoval *et al.*, 2016; Sandoval, 2018); es decir, se privilegian las prácticas cotidianas y perspectivas de los sujetos, pues se trata de una investigación con una “propuesta analítica que quiere lograr una comprensión subjetiva del conflicto” (Poma y Gravante, 2013: 25), crítica de las formas jerárquicas y extractivistas a menudo reproducidas en la academia, en las que los investigadores suelen imponer teorizaciones y reflexiones sobre las subjetividades a las que no pertenecen.

Tal postura exige hacer explícitas las implicaciones éticas, políticas y epistemológicas propias, “pues siempre somos parte del sujeto (ya sea del que hace la guerra o del que la sufre)” (Gallegos, 2016: s/n). Es necesario problematizar y hacer explícito el desde dónde y el contra quién se hace investigación. De acuerdo con lo anterior, me posiciono desde la implicación política y el compromiso en la lucha por la defensa del bosque El Nixticuil, ya que formo parte del Comité desde hace quince años.

Una perspectiva como esta privilegia una mirada “desde abajo”, “una metodología para el estudio de los movimientos sociales donde la gente cuenta” (Poma, Gravante, 2015: 40), que acuda a entrevistar a las personas “comunes y corrientes” para disponer de una mirada interior de la experiencia de los sujetos y no de élites, figuras representativas o activistas profesionales, para dejar de lado los discursos estructurados, pues la experiencia vivida no puede ser delegada a voceros, líderes o representantes sociales (Pleyers, 2009; Poma, 2017).

Así, en cuanto a las técnicas para llevar a cabo la investigación, acudimos a propuestas cualitativas que permiten “entender la interacción social de los puntos de vista de los actores” (Jasper, 2012: 36) a través del análisis micro-político, centrado en la experiencia de los sujetos. Se realizaron entrevistas etnográficas y episódicas (Flick, 2004) a trece personas,

autoetnografía y revisión bibliográfica de los documentos públicos y el archivo del *Comité en defensa del bosque El Nixticuil*. Las entrevistas se llevaron a cabo entre abril y septiembre de 2019, ocho a mujeres y cinco a hombres, dos son adultos mayores y once son jóvenes de entre los veinte y los treinta y cinco años. Los testimonios que aparecen en el artículo son tomados de estas entrevistas.

Como integrante del Colectivo, la *autoetnografía* (Blanco, 2012; Montagud, 2015; Ellis y Bochner, 2000) ha funcionado como una herramienta para mantener atención constante respecto de las formas en que las emociones propias se ponen en juego en lo cotidiano, pero también durante los diálogos-entrevistas y en el proceso de sistematización y análisis, lo cual permite dar cuenta de un conocimiento construido a partir de la reflexividad colectiva de la cual formo parte.

Este ejercicio autoetnográfico ha hecho posible ensayar procesos dialógicos con mayor horizontalidad en la construcción de la investigación, “romper el sentido colonial y policial de la investigación que sigue mirando a los otros como informantes” (Guerrero, 2012: 226). Romper las relaciones de fetichización con los otros tiene implicaciones afectivas en las formas de relacionarse dentro y fuera de la academia, supone prácticas intersubjetivas con otras sensibilidades, espacios horizontales, entendimiento, consenso y construcción social del conocimiento, que implica un proceso en el que están asociadas las afectividades, la reciprocidad, el apoyo mutuo y la complicidad.

La lucha del Comité en defensa del bosque El Nixticuil

El Comité en defensa del bosque El Nixticuil se ha organizado desde mayo de 2005, para luchar contra la destrucción del Nixticuil, un bosque nativo situado en la zona norte de la ciudad de Guadalajara, amenazado por diversas empresas constructoras, el gobierno municipal de Zapopan y del estado de Jalisco.

La movilización inicial que llevó a la organización del colectivo tuvo un carácter femenino. Algunas mujeres de la colonia “El Tigre II”, la

mayor parte madres de familia que impidieron la tala del bosque, bloquearon y expulsaron la maquinaria que en un par de días había arrasado varias hectáreas y entre trescientos y cuatrocientos árboles. Se autoconvocaron y llamaron a más personas de la comunidad, con lo que lograron detener un proyecto inmobiliario del gobierno municipal. Las redes de confianza entre las mujeres de la comunidad, de convivencia cotidiana, funcionaron en un primer momento de la lucha como tejido de resistencia al despojo del bosque. En este sentido, la lucha del Nixticuil puede inscribirse en el proceso de cambio cultural en el que las mujeres se ponen en el centro de las movilizaciones, incorporando nuevas perspectivas de organización colectiva y resistencia comunitaria, en las que la lucha por la liberación de la tierra es también por la liberación de las mujeres.

El colectivo formado como un espacio de defensa territorial, principalmente por mujeres que luego integraron a sus familias, ha modificado su configuración interna a lo largo de quince años, y en el tiempo reciente se compone de familias de comunidades cercanas al bosque y personas que participan a título individual, las cuales, de forma similar al núcleo inicial del Comité, han tenido experiencias en colectivos afines al zapatismo y al anarquismo. El Comité, en el nivel organizativo, se ha mantenido como un colectivo que no se ha constituido como asociación civil, se define como apartidista y horizontal, tomando acuerdos de manera asamblearia y autogestionando sus iniciativas.

Aunque se reivindica la autodefensa, el repertorio de prácticas del Comité está centrado en la no violencia, y comprende diversas acciones: defensa jurídica, bloqueo de obras de urbanización y jornadas semanales de trabajo para la restauración del bosque, las cuales tienen un alto contenido territorial, ya que se han mantenido de forma constante durante sus quince años de labor. Entre las actividades que forman parte de estas últimas se cuentan la organización de una brigada de prevención, control y combate de incendios forestales, talleres de divulgación sobre el bosque en escuelas y comunidades cercanas a él, y un “vivero comunitario” en el que se reproducen semillas nativas, colectadas de árboles del bosque, para realizar “reforestaciones autónomas”, cuyo objetivo es “bloquear” predios que se pretenden urbanizar o para restaurar los que fueron dañados por

proyectos inmobiliarios que al final se logró frenar, o por otras causas de degradación socioambiental.

El colectivo también se caracteriza por generar procesos de autoformación, los cuales, en varios casos, han influido en la formación profesional de diferentes miembros del Comité en disciplinas que se consideran importantes para la conservación y la defensa del bosque (algunas asociadas a las ciencias biológicas). La reivindicación y la perspectiva política de la autonomía del Comité son un elemento que caracteriza a la organización y se han materializado, entre otros resultados, en talleres de autoformación sobre control del fuego en el bosque, producción de video documental y elaboración de denuncias ambientales, los cuales se han compartido en espacios organizativos en los que el Comité confluye con otros colectivos en luchas territoriales a escala regional en Jalisco.

Otra de las características del colectivo son las emociones recíprocas y compartidas (Jasper, 1998) entre sus miembros. Una de las más significativas se deriva de que comparten fuertes sentimientos de injusticia, dolor y rabia a causa de la destrucción del bosque realizada por distintos corporativos inmobiliarios que están relacionados, política o familiarmente, con funcionarios de prácticamente todo el espectro partidista de la región, lo que genera también sentimientos de odio y repudio hacia la clase política y empresarial. Aunque algunos de los miembros de la organización tienen vínculos de parentesco, las relaciones de afinidad y amistad son factores determinantes en la forma en que funciona el colectivo. La amistad ha funcionado como motivación para integrarse a la organización, y otros vínculos entrañables se han forjado a partir de que comenzaron a emerger emociones recíprocas y compartidas en la defensa territorial, en un contexto que es percibido y descrito por los sujetos como una guerra que amenaza la vida del bosque y la propia.

El apego al lugar

El *apego al lugar* como concepto analítico resulta central para comprender los procesos de conflictos en defensa del territorio o socioambientales en momentos de disrupción, cuando los territorios son amenazados por despojo o destrucción (Poma, 2017). En este vínculo afectivo fundamental se centra nuestro análisis. Como concepto adquiere especial relevancia porque es el punto de partida para preguntarnos sobre la conexión cognitiva y emocional que las personas establecen con los lugares que defienden, y comprender la importancia de las emociones asociadas al apego en la configuración de experiencias personales y colectivas en torno a la defensa territorial, así como explicar las prácticas cotidianas en que se sostienen los procesos de resistencia.

Los estudios en que se retoma el análisis sobre el apego al lugar no son novedosos (Low, 1992). El concepto, que proviene de la psicología ambiental, parte del principio de que “los contextos físicos y espaciales son más que meros telones de fondo de los fenómenos sociales y psicológicos” (Devine, 2009: 427) y de los vínculos afectivos entre las personas y sus entornos. De manera que el apego al lugar se ha definido como el proceso de ligarse a un sitio y al producto de este proceso (Giuliani, 2002), como una conexión emocional positiva con lugares familiares, como el hogar o el vecindario (Manzo, 2003, 2005).

El apego al lugar, según Hidalgo y Hernández (2001), tiene dos componentes: uno relacionado con el lugar físico con el que hay vínculos emocionales, y otro de carácter social, determinado por las relaciones afectivas que se establecen entre los sujetos que lo habitan. Ello está relacionado con “el amor hacia el espacio físico, fortalecido por recuerdos y sentimientos como la nostalgia, en las emociones recíprocas y compartidas con sus habitantes” (Poma, 2017: 67). Estos componentes del apego al lugar son uno de los principales motivos que originan la protesta y la resistencia al despojo, de aquí que las luchas en defensa del territorio surjan en un contexto de amenaza que irrumpe atentando contra el vínculo emocional con el lugar-territorio y los procesos identitarios de un colectivo o movimiento social. Esta disrupción descrita como de “acumulación por

guerra” (Zibechi, 2013), o guerra del sistema económico contra la sociedad y el territorio (Amorós, 2017), articula sentimientos como rabia, injusticia, terror, estrés, angustia y ansiedad. Y puede generar escenarios distintos que potencian la desmovilización por el dolor extremo de la pérdida o, por el contrario, movilizar a la resistencia y la reapropiación de los espacios, según las valoraciones de los sujetos en cada contexto, tanto en su dimensión colectiva como en la personal.

En este sentido, el análisis del apego al lugar ofrece distintos elementos para comprender con profundidad la movilización de los sujetos, los vínculos afectivos entre quienes integran la organización, con el territorio, con lo no humano o la motivación en sus prácticas en defensa del territorio. Por ello, a través del análisis de las prácticas y testimonios del Comité, y de acuerdo con los componentes físico y social del apego, en las siguientes cuartillas se exponen distintos aspectos que dan cuenta de cómo se expresa el apego al lugar que los sujetos tienen hacia el bosque que defienden, cómo cambia a lo largo de la resistencia y cómo se relaciona con sus prácticas políticas prefigurativas.

La guerra como metáfora y escenario de construcción del apego

En la experiencia del Comité, el bosque es significado como espacio de pertenencia, el cual adquiere nuevos contenidos emocionales que en varios de los testimonios convergen en un contexto de guerra de los agentes del capital y el Estado contra la naturaleza humana y no humana. Así, la guerra aparece no solo como una figura metafórica, sino también como un referente concreto, que permite explicar la intensidad emocional del escenario de conflicto que se desprende de los procesos emocional-cognitivos de elaboración de la conminación e identificación de los culpables, en el que “las amenazas sobre el bosque son constantes y creo que si el bosque está amenazado nosotros lo estamos con él también” (AH, abril 2019).

La figura de la guerra, la cual se ha vuelto parte de las narrativas de los conflictos en defensa del territorio, ha sido documentada en trabajos sobre la dimensión emocional de los movimientos sociales, como el de Poma (2017), y en experiencias de conflictos contra presas. En otras vivencias, como la del Comité, se muestra asociada al discurso del zapatismo, desde el cual se describe el contexto actual de destrucción y reordenamiento territorial como proceso de acumulación y despojo.

En el caso del Comité, en este contexto de guerra es evidente la tendencia a negarse a discutir en colectivo la posibilidad de pensar en la destrucción total del bosque. En torno a un panorama que plantea la destrucción del territorio, de que un día no haya más bosque que defender, se despliega un cúmulo de emociones como la tristeza, la angustia, el enojo y la culpa. La violencia desarrollista del Estado y de las inmobiliarias contra el bosque es una agresión al propio colectivo, pues los sujetos sociales son entendidos como un elemento indisociable de la naturaleza-territorio:

Sinceramente no puedo imaginarme mi vida sin el bosque, me rehúso a pensar siquiera en la posibilidad de que un día no haya bosque, pensarlo me causa angustia y mucha tristeza, también enojo; en momentos siento una especie de culpa, en el sentido de que, me confronto a mí misma y me digo que si un día ya no hay bosque es porque no hicimos lo suficiente, en cierto modo me culpo, no me permito imaginarnos sin el bosque porque el bosque somos nosotros (SH, abril 2019).

El bosque, caracterizado como algo inconmensurable, se torna complicado de definir en las narraciones del colectivo. Al observar los impactos emocionales generados por los procesos de ruptura ante la amenaza de su pérdida, distinguimos el cambio de las emociones asociadas al apego que se tiene al territorio. Los impactos nos permiten pensar en cómo se modifican las emociones que se ponen en juego cuando se percibe al bosque como territorio amenazado, cómo cambian las interpretaciones de la realidad, del territorio, y cómo el momento de peligro genera otro sentido en las emociones compartidas hacia el bosque. Así lo refleja el siguiente testimonio:

el bosque que antes para mí era un lugar casi ajeno, separado de mí, luego de catorce años de lucha, se ha convertido en un pedazo de mí; es el territorio que me da una perspectiva de futuro, le da sentido a todas las cosas que hago (SH, abril 2019).

El proceso de reelaboración de los afectos con el territorio está mediado por el conflicto, que sitúa el bosque como un territorio en disputa entre el colectivo y los corporativos y agentes del Estado, quienes parten de una perspectiva mercantilista y predatoria basada en su valor de cambio, como zona a sacrificarse para el desarrollo inmobiliario.

Así, las prácticas del Comité en ese escenario de “guerra, donde combatimos sus proyectos de destrucción y muerte sembrando vida” (AH, abril 2019) remiten a elementos discursivos que, si bien pueden parecer recursos metafóricos, se inscriben en el contexto personal de vida cotidiana en conflicto; pero también en el contexto sociohistórico de la agudización de la devastación territorial que se desprende de las experiencias del colectivo en espacios organizativos multiescalares, como lo han sido el “Foro contra el despojo en Jalisco”, la Asamblea de Afectados Ambientales y la Otra Campaña zapatista en espacios regionales y nacionales.

El bosque, concebido como campo de batalla, donde se enfrentan dos concepciones y culturas emocionales (Bericat, 2000) del territorio antagónicas, es un catalizador de emociones colectivas a través de las cuales se reivindica la defensa del territorio amenazado, y se dan significados profundos a los vínculos con él, lo que genera el fortalecimiento del apego en que se sostienen las acciones de resistencia. En las memorias de quienes ahora integran el colectivo, el bosque es significado como espacio de la vida cotidiana, de encuentro, de conservación, de refugio y escape del contexto familiar, lo cual está relacionado con sentimientos como el amor, la nostalgia, la pertenencia, como se expresa aquí:

creo que le tengo mucho cariño a esa parte de mi vida porque, pues, fue como mi pubertad y adolescencia; y el bosque era como el refugio de cuando no quería estar en mi casa o cuando mis amigos tampoco queríamos estar en nuestras casas (BB, mayo 2019).

El proceso de conflicto activa otras emociones en el colectivo, encadenadas a los procesos de ruptura por el desarrollo de la resistencia y la amenaza de las corporaciones inmobiliarias hacia el territorio, frente a la cual los sujetos experimentan emociones contrastantes que han potenciado los afectos con el territorio mismo, como zona amada a defender y espacio donde se despliega la acción colectiva:

Siento rabia, siento tristeza por todo lo que se ha perdido. Me da rabia ver las bardas que hay ahí a medio bosque, las ves impenetrables, no solo esas barreras físicas sino esas barreras legales que también hay. Pero también esperanza de saber que hay un grupo de personas, que aunque no le sea redituable económicamente, están aferrados y también siendo parte de ese movimiento que te llena de otras cosas, menos de dinero. Que le da diferentes sentidos a la vida; te llena de amistad, de satisfacción (CL, julio 2019).

A partir de algunos testimonios recuperados, sugerimos que las relaciones entre los sujetos y el bosque, como *territorio heredado* (Bottaro y Sola, 2012), han hecho posible una respuesta ante la amenaza de su destrucción. La reacción a “la guerra” obedeció en un primer momento al compromiso moral que sanciona la destrucción de la naturaleza, que lo desapruueba, dado que “cualquiera sabe que talar un bosque no está bien” (PH, mayo 2019). Dicha respuesta se ha transformado a partir de las emociones compartidas por el colectivo desde el momento de ruptura por la amenaza inmobiliaria y el involucramiento en las acciones para la defensa del bosque. Así, al modificarse las prácticas que se tuvieron en el territorio y entre el colectivo, se han ido generando nuevas reglas emocionales. En el Comité los lazos afectivos con los elementos de la naturaleza que comprenden al bosque, son equiparados con el amor a la madre, a los hijos y los hermanos, a partir de una nueva forma de sensibilidad, pues

lo hemos defendido como se defiende a la familia, como se defiende a un hijo, como se defiende a un hermano, como se defiende a una madre, porque eso es lo que significa para nosotros la tierra, los árboles, la vida de los animales dentro del bosque (AHC, mayo 2019).

El amor al bosque se expresa como una emoción compartida por el colectivo, que aparece no solo de forma verbalizada en expresiones como “yo amo al bosque” o “no existe resistencia posible, si no hay amor de por medio por lo que estás defendiendo” (PH, mayo 2019), sino que se manifiesta también de formas más sutiles cuando se habla de la necesidad de estar cerca de él, de la impotencia de no poder frenar todo lo que lo amenaza y garantizar “su bienestar”, del dolor y la tristeza que causa la experiencia de ver partes de su territorio destruido.

El proceso de cambio en el apego al lugar

Pensar en el cambio en los afectos con el territorio, nos remite a la importante función que desempeña la memoria en la construcción del apego al lugar, pues a través de ella se mantienen vínculos de la experiencia entre los sujetos y con el territorio que favorecen emociones compartidas. Este aspecto aparece de forma recurrente en los relatos y encadena las experiencias de los sujetos, dependiendo de la profundidad temporal de los vínculos con el territorio en la experiencia de cada uno, lo que se expresa en los siguientes testimonios:

Cada tiempo siento que algo más se va agregando a ese vínculo que aún no está terminado por falta de historia, ausencia de memoria propia con el bosque. Sí puedo decir que lo amo, que es importante, pero aún no lo siento tan íntimo; lo amo porque sé su importancia, porque me gusta estar ahí, me gusta lo que hacemos ahí; yo lo definiría como un amor más colectivo (PM, julio 2019).

Aunque siempre me ha gustado la naturaleza, con el Nixti es diferente por la historia que tengo con él. A pesar de que hay zonas que frecuentamos más, siempre vemos algo diferente, una flor, unos halcones, me apasiona que siempre puedo descubrir algo nuevo en él, y me hace amarlo más (PH, mayo 2019).

Aquí aparecen dos dimensiones de la memoria interactuando: la personal y la del Comité como una forma colectiva de aquella, que se ha creado a partir del proceso de resistencia en la defensa del bosque. Su relevancia

emocional y política se expresa de distintas maneras, pues refuerza la cultura emocional del grupo y su identificación, y es un elemento central para recrear procesos de emociones compartidas y recíprocas al interior de él. En este sentido, poner atención en la memoria, los significados, las relaciones interpersonales y con el territorio nos lleva a comprender que, cuando hablamos del apego al lugar, tenemos que hacerlo considerando que se trata de un vínculo dinámico y en constante reelaboración. Un proceso de cambio que se fortalece en lo cotidiano a partir de la experiencia de vivir en el lugar, de resistencia, en el caso de los movimientos en defensa del territorio, y de los cambios que se generan en el territorio que se defiende. Por ello, debemos entender que implica un conjunto de emociones que se traducen en formas también diversas de significados, de lazos afectivos y prácticas en torno al territorio, las cuales se interpretan en el contexto de las experiencias cotidianas, personales y colectivas de los sujetos.

Los lazos afectivos que tienen con el territorio quienes conforman el Comité provienen de experiencias diferentes y tienen distintas profundidades temporales. Cuando pensamos en la participación en el colectivo a partir de esas diferencias, surge la posibilidad de pensar en que los apegos con el territorio se han hecho conscientes antes de la formación del colectivo entre quienes tienen una trayectoria de vida mayor en el territorio, y por elementos particulares de su historia personal. Las evocaciones de las personas del Comité que tienen una historia de vida en los barrios cercanos al bosque remiten a recuerdos sobre el componente social y el espacial-territorial que configuran un sentimiento de pertenencia a él como territorio heredado. Las memorias que van de la infancia a la adolescencia de los entrevistados que nacieron en el mismo territorio transitan por recuerdos sobre el bosque como espacio de placer, de “días de campo”, de juego; un espacio caracterizado como “sagrado” en algunos testimonios, por la importancia que se le concede al bosque como lugar de socialización con la familia y con amigos, como se advierte en el siguiente relato:

tengo recuerdos de mi infancia en un arroyo seco del bosque, con mi perro y mi papá, volando papalotes, son muy valiosos porque son momentos que atesoró con mi papá, porque que casi nunca estaba en casa por estar trabajando todo el día (AH, abril 2019).

El apego y el sentimiento de pertenencia al bosque se fortalecen en la memoria de los sujetos en forma de recuerdos de carácter social, pero además, como también advierten Scannell y Gifford (2010), hay un encadenamiento con recuerdos que se relacionan con el lugar: el bosque como espacio natural, donde hay referencias al disfrute de lo que lo habita, los arroyos, los animales, los árboles, las piedras; de explorarlo cuando parecía “inmenso”, de “recorrerlo”, cuando “el bosque estaba en aquel tiempo intacto, no había incendios, no había presión inmobiliaria, era un bosque en toda la extensión de la palabra” (AHC, mayo 2019); evocando con ello emociones de placer y nostalgia, o empatía con lo no humano, cuando “ibas a caminar, a ver los árboles, ibas y te sentabas, disfrutabas ver los pájaros, las ardillas, las serpientes; pelearte con tus amigos que querían matar a los pájaros con sus resorterías” (JL, mayo 2019).

De acuerdo con Feitelson (1991), el apego puede explicarse en algunos sujetos por su experiencia personal del pasado, lo cual puede asociarse al sentimiento de pertenencia y a la construcción de identidades del lugar. Así, el discurso de los vínculos emocionales que tienen con el territorio que defienden, remitió a otros miembros del colectivo a pensar en la infancia y la adolescencia como etapas importantes de su vida, a recordar experiencias significativas vividas en el bosque en esos periodos; experiencias de pertenencia que les han hecho considerarlo como un lugar de origen previo a la organización del colectivo. A través de ejercicios de memoria en los que se recurre constantemente a la descripción de sitios y la evocación de sensaciones, se hace referencia al bosque como un lugar de pertenencia en distintas formas: “toda mi infancia fue jugar en los arroyuelos, ahí andábamos mis amigos de la primaria y yo, todo el tiempo corriendo libres, jugando ahí todos los días prácticamente; era como otra casa para mí” (FS, abril 2019).

El proceso de cambio de los apegos de los sujetos con el bosque, por la reelaboración de las experiencias pasadas, evidencia cuándo los sujetos recuerdan y construyen una narración en la que se articulan y se confrontan con las experiencias del contexto reciente. Desde los recuerdos, y a partir de su experiencia acumulada, los sujetos hablan con amor, nostalgia y tristeza de las transformaciones que ha sufrido el territorio

desde su infancia y hasta el presente. Se trata de un cambio que se deriva de la identificación de amenazas sobre el bosque al verlo modificado por el desarrollo inmobiliario, que se expresa en un sentimiento de

culpa que te puede llegar a generar el sentir que no estás haciendo las cosas bien y necesitas retomar el lugar ya de otra forma, volverlo propio de verdad, ya no solo llegar a servirse como antes, sino ya hacer algo por él (FS, abril 2019).

Los momentos de peligro experimentados por los sujetos ante la destrucción del bosque aparecen como instantes de ruptura, expresados en sentimientos de angustia, tristeza, dolor, enojo y culpa por la pérdida del territorio significado como refugio o casa, y se revelan en el presente como una motivación de primer orden para la acción en su defensa. Los impactos emocionales del despojo y la destrucción del territorio desencadenan emociones morales y compartidas, sentimientos de deseo de venganza contra los culpables, motivaciones personales para participar en la lucha; todos ellos factores detonantes de la organización colectiva. El cambio en los apegos al bosque y la intensidad en el afecto que se tiene hacia el territorio se observan a partir del proceso de conflicto y ruptura, de amenaza de destrucción del bosque. De acuerdo con Poma, el dolor que causa la destrucción de la “naturaleza” puede ser interpretado como un indicador del amor por el medio ambiente, pues “el amor que los entrevistados sienten hacia el entorno es proporcional al dolor y la tristeza que sienten por su destrucción” (Poma, 2019: 11).

El bosque como territorio de afinidad y amistad

En función de las experiencias de los sujetos entrevistados, podemos observar cómo el apego al territorio no solo se explica a través de los afectos que tienen hacia el bosque. Es necesario, además, analizar las emociones recíprocas y compartidas (Jasper, 1998) que existen entre los miembros del Comité, para comprender la importancia que tienen en las acciones de defensa territorial. De acuerdo con los testimonios, es posible explicar que los afectos por el bosque también se deben a que ahí se repro-

ducen las relaciones y gran parte de la vida cotidiana de quienes integran el colectivo; ahí tienen lugar y están contenidos otros afectos por los que se ha logrado mantener la resistencia del Comité durante quince años.

Los vínculos emocionales con el bosque y los existentes entre los miembros del colectivo aparecen como un impulso central para mantener la resistencia. En la defensa del bosque Nixticuil, con su componente social del apego al lugar, se han tejido relaciones y potenciado lazos afectivos del colectivo entre sus miembros y con el bosque, lo que ha permitido que la resistencia se mantenga:

Ahorita si siento el bosque como nuestro, el bosque por sí mismo ya es un motivo para mí, pero la amistad es algo que posibilita esa fuerza de estar ahí porque hacer algo tan complejo sin amistad yo vería difícil mantenerme, aunque vea que eso sea importante; yo creo que la constancia viene mucho de las relaciones que se tienen ahí, del cuidado, de cuidar el colectivo y el bosque, pero de cuidarnos también entre nosotros. Lo político y el bosque es importante, pero yo creo que la cuestión de los afectos es lo que mantiene a las personas ahí (PM, julio 2019).

Las relaciones de afecto interno explican los procesos de integración de miembros del colectivo que no habían vivido de forma cercana al bosque, lo que, asimismo, los ha conducido a crear lazos afectivos con el territorio; es decir, también de territorialización. En el caso de varios miembros del Comité, el apego al bosque no está basado en recuerdos o sentimiento de origen y pertenencia por la historia familiar en el lugar, sino se produjo en su juventud, asociada primero al encuentro con el colectivo por afinidad política, e incluso por interés académico, y después por los afectos compartidos.

El componente afectivo interno de la organización, las emociones recíprocas generadas entre el colectivo, son percibidas como uno de los ejes fundamentales en que se sostiene la defensa del bosque El Nixticuil, el que, al igual que los vínculos emocionales con el territorio a nivel individual y colectivo, son producto de una historia común, de distintas profundidades, en la que las relaciones y prácticas cotidianas son un factor determinante. Con estas últimas nos referimos a todas las que se desplie-

gan en función de la defensa territorial, como las asambleas, las labores de restauración y conservación del bosque, pero no solo eso. Hablamos también de aquellas actividades a través de las cuales se estrechan los afectos interpersonales en diferentes momentos, como la comida después de una mañana de trabajo en el bosque, la compartición de saberes para la autogestión del aprendizaje colectivo, y las fiestas que se hacen para celebrar los cumpleaños de sus miembros o los aniversarios del colectivo.

Tales actividades y momentos compartidos colectivamente toman sentido en la lucha cotidiana por el bosque porque ofrecen apoyo colectivo incondicional cuando alguien atraviesa por una enfermedad o problemas económicos, por ejemplo. Celebrar, bailar, hacer música, reír juntos y compartir también las preocupaciones o el sufrimiento, fortalece el vínculo colectivo que alienta y da impulso en la confrontación con aquello que amenaza la existencia del bosque y del colectivo mismo. En los vínculos interpersonales, las emociones recíprocas generan alegría frente a sentimientos de soledad, por la impotencia y el cansancio que implica la lucha, pues la “solidaridad y apoyo fortalece a los miembros del grupo y les anima a seguir en la lucha” (Poma, Gravante; 2018: 295).

El proceso de organización en colectivo y la afinidad política no se pueden explicar sino a partir de las elecciones afectivas que los sujetos han hecho internamente. Así, las relaciones que se tejen en la convergencia entre los afectos y las afinidades políticas, y se materializan en el espacio del colectivo, aparecen potenciadas cuando en la experiencia de los sujetos las dos son asociadas y se conciben como motivación para permanecer en la lucha por la defensa del bosque. Las relaciones en que se confluye en la defensa del bosque a partir de los afectos, la confianza y el apoyo mutuo han favorecido que se puedan generar procesos de reflexión y acción colectiva en torno a aspectos que podrían parecer desvinculados de la defensa territorial.

En la experiencia del Comité es posible advertir que desde la defensa del territorio se configuran otros significados de afinidad y amistad que desbordan la lucha por la conservación del bosque. Ello, para la defensa territorial del colectivo, implica una lectura interseccional del conflicto en las iniciativas y las prácticas de acción directa, en la que se asume

la lucha contra distintas formas de relaciones de dominación con que hay que romper, en las que están implicados todos los aspectos de la vida cotidiana. Uno de ellos, en el que ha sido más evidente el impacto del horizonte de lucha ampliado, es el que va contra la reproducción de relaciones patriarcales, en gran medida motivado por las relaciones de amistad y afinidad que existen entre todos los integrantes del colectivo.

En la historia del Comité resulta relevante el hecho de que, desde el primer esfuerzo organizativo, la participación amplia de las mujeres ha sido prioritaria en toda clase de acciones realizadas por el colectivo. La movilización de las mujeres ha sido decisiva desde el comienzo de la lucha para motivar el involucramiento de familias completas en la defensa del bosque. Lo anterior propició que durante varios años se mantuviera una participación central de las mujeres, con una implicación menos constante y comprometida por parte de sus parejas.

En los últimos cinco años el colectivo ha estado integrado por mujeres y hombres casi a la par, no solo en términos numéricos, sino también en lo que se refiere a las formas de participación en todas las acciones que se realizan por la defensa del territorio, pues se asume el colectivo como un espacio que también debe ser antipatriarcal. Aquí, los afectos por el bosque y entre compañeros confluyen motivando prácticas cotidianas a través de las cuales se reivindica la idea de que la lucha contra la dominación de la naturaleza es también una lucha contra las relaciones de dominación que se reproducen entre todos los seres humanos, pero de una manera más violenta y sistemática sobre el cuerpo de las mujeres, el cual que ha sido considerado y tratado históricamente como territorio en disputa y de conquista dentro del proceso de acumulación originaria (Federici, 2004), entendido como proceso permanente.

En el caso particular de la experiencia de las mujeres que han participado en el Comité, el esfuerzo colectivo por dejar de reproducir formas de relaciones patriarcales se enmarca también en la búsqueda de congruencia entre la perspectiva que reivindica la liberación de la tierra y “la necesidad de liberarnos junto con ella” (SH, abril 2019). Por ello se han organizado espacios en los que solo participan ellas, en los que se autoconvocan “para estar juntas y platicar sobre lo que estamos sintiendo

y pensando, para bailar, compartir experiencias, pedir consejo, conjurar en contra de los que destruyen el bosque” (SH, abril 2019).

Se trata de encuentros que se organizan en función de las necesidades emocionales de las mujeres que participan: compartir la tristeza, la alegría, el enojo, la rabia, la preocupación, o la necesidad de reavivar el ánimo en momentos de agotamiento, o responden a ellas. La importancia de ese espacio de encuentro entre amigas, además de compañeras, radica en los afectos compartidos que se estrechan con las emociones generadas por el proceso de defensa territorial, en momentos que se pueden caracterizar como espacios en que se da prioridad a la necesidad de “cultivar la confianza, el apoyo y cuidado mutuos” (AH, abril 2019) en un contexto de complicidad.

A lo largo de la historia del Comité, la intersección entre la lucha por defender el bosque y la centralidad de la participación de las mujeres en ella ha sido fundamental para interpelar las prácticas cotidianas del colectivo que reproducen relaciones sociales “de desprecio” hacia las mujeres en la vida cotidiana. Se trata de un proceso en construcción, al que se le ha otorgado una relevancia progresiva, hasta asumir que la lucha por el territorio es también contra el sistema de dominación patriarcal.

Prácticas refigurativas en defensa del territorio

Las prácticas que el Comité lleva a cabo en la defensa del bosque son un aspecto fundamental para explicar la forma en que el apego al lugar se ha construido en la experiencia del colectivo. Para pensarlas recorro a dos conceptos: *acción directa* y *refiguración política*; ambos retomados por la literatura sobre conflictos ambientales, y emociones y protesta, para caracterizar a los movimientos que se inscriben en la defensa territorial. De allí que resulten pertinentes para pensar en las iniciativas y prácticas que ha desplegado el colectivo en la defensa del bosque El Nixticuil.

En algunos estudios, el movimiento socioambiental en Latinoamérica ha sido definido a partir de un giro ecoterritorial (Svampa, 2012), el cual tiene como característica una matriz de defensa territorial y prácticas

comunes en las que se inscribe la acción directa como forma de manifestación, pero también el ejercicio de derechos vía la acción institucional, la adopción de formas organizativas horizontales y autónomas para dispersar el poder, y la autoproducción de conocimiento (Bottaro y Sola, 2008; Regalado y Gravante, 2016).

Con frecuencia encontramos que existe una tendencia en los estudios sobre conflictos socioambientales a confundir acción directa con conceptos como protesta, desobediencia civil o acciones violentas (Franks, 2003). Creemos que es necesario pensar la acción directa más allá de una característica o una práctica concreta en las protestas de los movimientos socioambientales; es decir, entenderla como un principio político de la acción. La interrelación entre acción directa y prefiguración puede pensarse a partir de Franks (2003), quien conceptualiza la prefiguración política como una ética particular de la acción directa, caracterizada por no disociar los medios (las formas de hacer) y los fines en las prácticas de los movimientos sociales.

En este sentido, la acción directa prefigura en el presente el fin deseado o imaginado, sin postergarlo al futuro. Existe un compromiso, una congruencia entre los fines y los medios a través de los cuales se busca crear el mundo deseado. La acción directa prefigurativa aparece “como una respuesta práctica a una situación dada, pero también como un símbolo de la visión más amplia del cambio social” (Franks, 2003: 20); por ello podríamos pensar en la prefiguración a partir del sentimiento de esperanza que produce creer que la realidad puede ser distinta, pero es necesario “hacer algo” en el presente para cambiarla.

De acuerdo con Poma, el cual ha retomado la prefiguración política para el análisis de las prácticas del movimiento socioambiental, esta “se traduce en recrear en la lucha —aquí y ahora— el mundo a que aspiran los defensores del medioambiente” (2019: 6); en dichas prácticas emergen alternativas para la acción sin la intervención del Estado. Siguiendo esta idea, la prefiguración se puede enmarcar como característica del movimiento en defensa del territorio, como las formas organizativas asamblearias, de entramados horizontales, antijerárquicos, frente a las normas heterónomas que niegan la autorrepresentación y la decisión por con-

senso. Asociar *acción directa* y *prefiguración política* desde esta perspectiva abre posibilidades para el análisis, pues nos remite a pensar en las prácticas cotidianas que los movimientos recrean y cómo en ellas se concretan las aspiraciones que impulsan y dan sentido a sus luchas en el presente.

Para analizar a través de qué tipos de prácticas el Comité está prefigurando aquí y ahora el mundo que desea, su horizonte político; es necesario hacer explícito que, cuando se habla sobre lo que el colectivo hace para defender el bosque, los sujetos parten de una diferenciación muy clara entre los tipos de acciones que realizan para resistir a su destrucción. Por una parte, se hace referencia a prácticas que tienen que ver con acudir a la defensa jurídico-institucional del territorio (las cuales no se asocian con la perspectiva prefigurativa) y, por otra, se realizan actividades diversas en el bosque. Se separa el hacer en el bosque de las prácticas que se llevan a cabo fuera de él, atribuyendo al primero un carga emocional y política mucho más importante: “la forma más efectiva de defender el territorio es ocupándolo, apropiándonos de él a través del trabajo colectivo y la acción directa en el propio bosque; lo legal, el trámite, solo sirve para dejar precedentes frente al gobierno” (JL, abril 2019).

De acuerdo con las experiencias compartidas en las entrevistas y el análisis autoetnográfico, la energía emocional fluye con mayor intensidad en las acciones colectivas realizadas en el bosque, en las que prevalece el contacto físico con el territorio, que en las efectuadas para ejercer derechos por la vía institucional. Podemos percibir en los testimonios que las prácticas de acción directa que se plantea el Comité para resolver distintas situaciones desde la organización colectiva, sin delegar su poder de hacer a otros sujetos, tienen impactos emocionales profundos.

La defensa del bosque a través de la interposición de procesos jurídicos no tiene un contenido prefigurativo del mundo que se quiere construir, porque los sujetos lo significan no como algo emancipador, sino como una cosa que los sujeta a las relaciones sociales que cuestionan y rechazan. “Hacer la parte legal” tiene una carga emocional ambivalente, más relacionada con significaciones negativas (desconfianza, contradicción de los principios, enfado), mientras que la acción directa en el bosque tiene una emocional positiva, asociada a emociones complejas, reflexivas,

como el amor por el bosque, las lealtades afectivas con los otros, o el “orgullo” por el conocimiento autogestionado, “por aprender a hacer todas las cosas juntos” (AH, abril 2019) desde la experiencia de resistencia.

En la mayor parte de los testimonios se evidencia el placer asociado a las acciones que se realizan en el bosque. El trabajo colectivo que allí se lleva a cabo incide en el fortalecimiento de su apego hacia él, porque a partir de esas prácticas se producen sentimientos de responsabilidad hacia el territorio. Polleta y Amenta (2001) han señalado que el sentimiento de responsabilidad compartido entre los sujetos funciona como una motivación para la lucha. Sin embargo, no lo plantean en el sentido de responsabilidad con el territorio, como una relación de reciprocidad con el bosque, como aparece en algunos testimonios del Comité, en los que se hace referencia a que “regar es darle un momento de descanso a los árboles, como quieres mucho el espacio deseas su bienestar; plantarlos es como esa onda de adquirir responsabilidad de seguir cuidándolos, y eso hace más fuerte el vínculo con el bosque” (PH, mayo 2019).

Así, es posible observar la reivindicación de la acción directa como una forma fundamental de defensa territorial. Además, desplegar esa acción directa en el bosque genera y fortalece los vínculos con él y entre los sujetos. El trabajo colectivo en momentos físicamente agotadores permite transformar algunas emociones, y el territorio-bosque se convierte en el lugar en que pueden “sacar emociones que te guardas y no compartes con nadie; salen ahí, con el bosque, y es liberador” (FS, abril 2019). Las prácticas colectivas que se realizan y tienen beneficios concretos en el territorio aparecen narradas con mayor fuerza en la experiencia de quien integra el colectivo; son más extensas y descriptivas; por ejemplo: el bloqueo de un trascabo que va a derribar árboles, reivindicar el placer de cansarse o ensuciarse por construir zanjas que retienen los suelos erosionados, o detener el avance de un incendio forestal provocado por una inmobiliaria que pretende urbanizar.

De entre todas las actividades que forman parte de la acción directa del Comité, combatir incendios forestales es una de las acciones que más carga emocional conllevan para el colectivo, el cual debe enfrentar esa situación de manera muy recurrente durante la temporada de estiaje.

Combatir el fuego es una experiencia en que las emociones son diversas y contrastantes: rabia, miedo, angustia, sentimiento de responsabilidad, orgullo, son sentimientos que se mezclan motivando la acción colectiva.

La brigada comunitaria de combate a incendios es una de las iniciativas del colectivo en que se materializan sus principios ético-políticos. Autogestionar el aprendizaje y el equipamiento de la cuadrilla, operar de forma completamente autónoma, crear una red comunitaria para el monitoreo de incendios, son prácticas cotidianas de acción directa que hacen posible enfrentar una de las estrategias de despojo y destrucción territorial más agresivas que el Estado y las inmobiliarias despliegan contra la vida del bosque y del propio colectivo. En ese sentido, lograr el control de un incendio provocado impacta positivamente en las posibilidades de conservación del bosque, pero no solo: además, repercute en la energía emocional compartida por el colectivo en el proceso de combatir un incendio forestal, y genera emociones como el orgullo.

En algunos testimonios se hace explícito que los significados de la acción directa de los sujetos en el bosque, del hacer prefigurativo, se tejen con el contenido político, de la práctica de un hacer en el presente, y no como acciones que se postergan al futuro y remiten a pensamientos utópicos.

En la misma perspectiva de que la lucha por el bosque va más allá de la defensa territorial, en los testimonios del colectivo aparece también la necesidad de crear iniciativas colectivas para garantizar la autogestión económica y dar continuidad a la lucha territorial, teniendo como punto de partida la premisa de que solo es posible “tener una vida digna y justa junto al bosque” (SH, abril 2019). El planteamiento de creación de proyectos para resolver la subsistencia de las personas está potenciado por el compromiso colectivo de dar continuidad a la defensa del territorio.

En distintas prácticas territorializadas que el Comité realiza para defender el bosque están siempre emergiendo el amor, el miedo, la nostalgia y la esperanza como emociones en tensión que potencian la movilización colectiva. En iniciativas como un taller de lectura con los niños del Comité se ha hecho un uso estratégico de las emociones de apego al bosque, para estimular y dar continuidad a la lucha en el futuro: “mi idea

siempre ha sido esa, que los niños vayan más allá de una simple lectura, la lectura que yo les he dado es una motivación nada más para que ellos logren sentir el amor por el bosque” (GH, junio 2019). Así se tejen, desde la práctica prefigurativa en el presente, condiciones que potencian la resistencia en el futuro (Poma, 2019), lo que genera esperanza que desborda los sentimientos de impotencia frente a la destrucción del territorio que no se detiene.

En este marco de acciones, para comprender la relación de la esperanza y la acción directa aparece otra iniciativa que consiste en la creación de un “viviero comunitario”. A él se dedica mucho tiempo de la vida cotidiana del colectivo para la reproducción de árboles endémicos del bosque, se recolectan o consiguen semillas, se producen sustratos como la composta, se germinan las semillas, regando y trasplantando las plántulas, para después reforestar áreas amenazadas de ser destruidas por las inmobiliarias y agentes del Estado, y restaurar zonas degradadas del bosque. Entre las acciones que el Comité lleva a cabo para mantener el viviero comunitario es posible observar un vínculo similar al que ocurre con el taller de lectura con los niños, en el cual la esperanza se expresa como respuesta a la nostalgia del territorio devastado y un compromiso que desborda el presente de la acción directa.

Asumir que la guerra y la destrucción del bosque van a continuar motiva a la acción directa con la perspectiva de proyectos en el sentido prefigurativo, con un sentimiento de esperanza, asentado en las prácticas el aquí y ahora. En los testimonios sobre las acciones de restauración del bosque aparecen dos motivaciones, una de componente político para detener los proyectos de urbanización de áreas del bosque a través de reforestaciones que las cubra de árboles, lo que permite defender legalmente los predios como forestales. Sin embargo, esta motivación política no se explica si no es por la otra, que es la emocional: “esta relación sentimental con el bosque que se genera conforme lo vas frecuentando”, cuando se busca “ayudar al bosque en su esfuerzo por recuperarse” (CL, julio 2019); es decir, interviniendo para acelerar los procesos de restauración de los ecosistemas.

En las prácticas prefigurativas que tratan de crear las relaciones deseadas en el presente, la esperanza aparece como una emoción que motiva el hacer autónomo del colectivo. Hay en la práctica de la prefiguración política una articulación de la acción directa con emociones morales como la esperanza y el orgullo, pero también el desafío-incertidumbre por habitar la contradicción diaria entre lo heterónomo y la autonomía, en una sociedad que reproduce relaciones de dirigentes-ejecutantes y las prácticas autónomas que buscan romper con las formas de representación social y de mando-obediencia.

La organización asamblearia, que caracteriza al Comité, va prefigurando las formas de hacer política y de relaciones sociales que se reivindican como parte del mundo en que se quiere vivir,

porque ahí decidimos tomando en cuenta la opinión de todas y todos, y cuando eso pasa, sabes que eres parte importante del colectivo, no se imponen cosas porque cada quien toma el compromiso de hacer algo para repartirnos las tareas (AL, julio 2019).

Autoconvocarse para discutir, resolver y enfrentar problemas comunes y plantear acciones colectivas tiene alta energía emocional. Así, la asamblea se concibe como espacio para la autocrítica y la toma de acuerdos, pero además adquiere relevancia como práctica política que da coherencia (en medio de las contradicciones cotidianas) y fortalece las emociones recíprocas y compartidas. De manera que no se considera posible el funcionamiento de la organización sin la asamblea como eje articulador de la acción colectiva en defensa del bosque.

Hilando algunos apuntes sobre apego al territorio y prefiguración política

En la experiencia de defensa territorial del Comité pueden comenzar a identificarse algunos elementos a partir de los cuales es posible explicarnos cómo se ha construido el proceso de apego con el bosque y la relación que existe entre las emociones y sus prácticas prefigurativas. Un

elemento central es la configuración de una regla del sentir nodal, el amor por el bosque en el colectivo, que ha permitido el proceso de resistencia por quince años y del cual se desprenden afectos por otros elementos del territorio.

En los relatos del Comité es posible identificar expresiones de empatía hacia lo no humano, con los animales y otros elementos del bosque que configuran otra norma del sentir del colectivo. Esta se hace evidente, en el caso de los animales no humanos, cuando se articula una batería de emociones colectivas como tristeza, compasión, impotencia, culpa y rabia en distintos contextos de la lucha donde aparecen implicados.

Desde los testimonios emerge también una regla del sentir colectivo de rabia y desprecio contra los representantes del Estado que se expresa a partir de la experiencia de *shock* moral por la agresión hacia el bosque y motivó la organización comunitaria, pero que se mantiene y reafirma en el contexto de permanente conflicto con el Estado y los proyectos de despojo que promueve. En ella hay un tejido de emociones de rabia, frustración, impotencia y dolor, que potencian una postura antiautoritaria dentro del colectivo que motiva a los sujetos a reivindicar su autonomía y prácticas prefigurativas, en tanto implica en el presente la negación y deslegitimación del Estado como figura heterónoma.

Las prácticas prefigurativas llevan a dar continuidad a la lucha por el bosque en el colectivo. En estas se produce un sentimiento de esperanza como emoción compartida, que funciona como estrategia de manejo emocional frente a la impotencia y la injusticia por la destrucción del bosque, contra la frustración y la contradicción que se expresan también en las prácticas que se hacen por la vía institucional. Las relaciones de las prácticas prefigurativas cotidianas y la esperanza permiten explicar la permanencia de las personas dentro del colectivo. El sentimiento de que lo que se hace tiene repercusiones reales, aquí y ahora, en el destino del bosque y del propio colectivo, ha motivado la continuidad de la defensa territorial.

Las emociones recíprocas entre quienes conforman el Comité, como uno de los dos componentes del apego al territorio, son su soporte y el de la defensa del bosque. En los testimonios de todas y todos los entre-

vistados esas emociones aparecen como una motivación para la lucha, ya que son indisociables de los afectos que se tienen por el bosque. En este sentido podemos hablar de que existe una correspondencia entre las formas en que se han configurado los afectos recíprocos en el colectivo y los que tienen individual y colectivamente hacia el bosque, los cuales se expresan en iniciativas comunes para su defensa.

Consideramos que es posible sostener que en las prácticas prefigurativas del Comité por la defensa del bosque se están ensayando nuevas formas de sensibilidad que pueden inscribirse como parte de una cultura emocional contrahegemónica emergente, con reglas del sentir como las señaladas antes, que implican relaciones sociales y con lo no humano sin dominación (sin negar sus contradicciones). Una ética de la vida no predatoria del territorio, que resiste a la cultura antropocéntrica y predatoria del Estado y la empresa que lo mercantiliza y destruye.

Bibliografía

- Alonso, Jorge *et al.* (2015). “El debate con la perspectiva metodológica de co-labor”, en Rafael Sandoval Álvarez y Jorge Alonso Sánchez (Coord.), *Pensamiento crítico, sujeto y autonomía*. México: CIESAS.
- Amorós, Miguel (2017). *Contra la nocividad. Anarquismo, antidesarrollismo, revolución*. México: Grietas.
- Bericat, Eduardo (2000). “La sociología de la emoción y la emoción en la sociología”. *Papers*, 62, 145- 176.
- Blanco, Mercedes (2012). “Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos”. *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 9, núm. 19. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/628/62824428004.pdf>.
- Bottero, Lorena y Marian Sola (2012). “Conflictividad socioambiental en América Latina. El escenario post crisis de 2001 en Argentina”. *SciELO*, núm. 37. México. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=SoI88-77422012000100008.

- (2008). “Nuevos movimientos socioterritoriales: Las asambleas de autoconvocados contra la minería metalífera a cielo abierto”. En *v Jornadas de Sociología de la UNLP*. Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-096/326>
- Ceceña, Ana Esther (2011). “Dominar la naturaleza o *vivir bien*: disyuntiva sistémica”. En *Observatorio Latinoamericano de Geopolítica*. México: UNAM.
- Devine, Patrick (2009). “Rethinking Nimbyism: The Role of Place Attachment and Place Identity in Explaining Place-protective Action”. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 19.
- Ellis, Carolyn y Art Bochner (2000). “Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity”. En Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (Ed.), *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Federici, Silvia (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Feitelson, E. (1991). “Sharing the Globe: The Role of Attachment to Place”. *Global Environmental Change*, núm. 1.
- Flick, Uwe (2004). “Entrevista episódica”. En *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- Franks, Benjamin (2003). “The Directaction Ethic: From 59 Upwards”. En *Anarchist Studies*, vol. II (1).
- Gallegos Ramírez, Mónica (2016). “Ética y valores en tiempos de guerra capitalista”. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, número 73 (21). Venezuela: Universidad del Zulia. Disponible en: <http://www.redalyc.org/jatsRepo/279/27950060006/html/index.html#fn5>.
- Giuliani, V. (2002). “Theory of Attachment and Place Attachment”. En M. Bonnes, T. Lee y M. Bonaiuto (Ed.), *Psychological Theories for Environmental Issues*. Aldershot: Ashgate.
- Guerrero, Patricio (2012). “Corazonar desde el calor de las sabidurías insurgentes, la frialdad de la teoría y la metodología”. *Sophia*, número 13. Quito: Editorial Universitaria Abya-Yala.
- Hidalgo, M. Carmen y Bernardo Hernández (2001). “Place Attachment: Conceptual and Empirical Questions”. *Journal of Environmental Psychology*, 21 (3).
- Jasper, Jean (1998). “The Emotions of Protest: Affective and Reactive in and around Social Movements”. *Sociological Forum*, 13 (3).
- (2012a). “Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones*

- y *Sociedad*, núm. 10. Córdoba, Argentina. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/viewFile/222/146>.
- Low, Setha (1992). "Symbolic ties that Bind: Place Attachment in the Plaza". En Irwing Altman y Setha Low (Ed.), *Place Attachment Human Behavior and Environment*. New York: Plenum Press.
- Manzo, L. (2005). "Forbetteror for worse: Exploring Multiple Dimensions of Place Meaning". *Journal of Environmental Psychology*, 25.
- (2003). "Beyond House and Haven: Toward a Revisioning of Emotional Relationships with Places". *Journal of Environmental Psychology*, 23.
- Montagud, Xavier (2015). "Complejidad, reflexividad y autoetnografía. Las posibilidades de la investigación narrativa en la mejora de la práctica profesional". *Trabajo Social Global. Revista de Investigaciones en Intervención Social*, 5 (9). Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/315715469_Complejidad_reflexividad_y_autoetnografia_Las_posibilidades_de_la_investigacion_narrativa_en_la_mejora_de_la_practica_profesional_Complexity_reflexivity_and_autoethnography_The_possibilities_of_narrat.
- Muñoz, B. (2005). "Topophilia and Topophobia. The Home as an Evocative Place of Contradictory Emotions". *Space and Culture*, 8 (2).
- Pleyers, Geoffrey (2009), "Autonomías locales y subjetividades en contra del neoliberalismo: hacia un nuevo paradigma para entender los movimientos sociales". En Francis Mestries Benquet, Geoffrey Pleyers y Sergio Zermeño (Ed.), *Los movimientos sociales: de lo local a lo global*. Barcelona: Anthropos.
- Polleta, F. y E. Amenta (2001). "Second the Emotion? Lessons from Once-Novel Concepts in Social Movement Research". En J. Goodwin, Jean Jasper y F. Polletta, (Ed.), *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*. Chicago: University of Chicago Press.
- Poma, Alice (2019). "El papel de las emociones en la defensa del medioambiente: un enfoque sociológico". *Revista de Sociología*, vol. 34, núm. 1.
- (2017). *Defendiendo territorio y dignidad. Emociones y cambio cultural en las luchas contra represas en España y México*. Brasil: EDUEPB, Red WATERLAT-GOBACIT.
- Poma, Alice y Tommaso Gravante (2013). "Emociones, protesta y cambio social. Una propuesta de análisis", *Revista Latinoamericana sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, núm. 13, diciembre 2013-marzo 2014, pp. 21-34, Argentina. Disponible en: https://www.academia.edu/5697953/Emotions_protest_and_

- social_change._A_proposal_of_analysis_Emociones_protesta_y_cambio_social._Una_propuesta_de_análisis.
- (2015a). “Las emociones como arena de la lucha política. Incorporando la dimensión emocional al estudio de la protesta y los movimientos sociales”. *Ciudadanía activa. Revista especializada en estudios sobre la sociedad civil*, número 4. México. Disponible en: https://www.academia.edu/20843805/Las_emociones_como_arena_de_la_lucha_politica._Incorporando_la_dimensi%C3%B3n_emocional_al_estudio_de_la_protesta_y_los_movimientos_sociales.
- (2015b). “Autogestión y lucha por la defensa del territorio. Un análisis de la experiencia de tres colectivos en la Zona Metropolitana de Guadalajara incorporando la dimensión emocional” En *Waterlat-Gobacit Network Working Papers Thematic Area Series SATAM - TA2 - Water and Megaprojects*, vol. 2, núm. 18, octubre 2015, s/p, Inglaterra. Disponible en: http://www.academia.edu/24721031/Autogesti%C3%B3n_y_lucha_por_la_defensa_del_territorio._Un_análisis_de_la_experiencia_de_tres_colectivos_en_la_Zona_Metropolitana_de_Guadalajara_incorporando_la_dimensi%C3%B3n_emocional.
- (2018). “Emociones, identidad colectiva y estrategias en los conflictos socioambientales”. *Andamios*, vol. 15, núm. 36. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/anda/v15n36/1870-0063-anda-15-36-287.pdf>.
- Regalado, Jorge y Tommaso Gravante (2016). “Acción colectiva y prácticas políticas emergentes en México”. *Revista de Ciencias Sociales (Cr)*, vol. IV, núm. 154.
- Sandoval, Rafael (2018). *Problemas y desafíos de la formación en la metodología de la investigación*. Guadalajara, México: Grietas Editores.
- Scanell, L. y R. Gifford (2010). “Defining place Attachment: A Tripartite Organizing Framework”. *Journal of Environmental Psychology*, 30.
- Svampa, Maristella (2012). “Consenso de los commodities, giro ecoterritorial y pensamiento crítico en América Latina”. *Observatorio Social de América Latina*, núm. 32. Buenos Aires, Argentina. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20120927103642/OSAL32.pdf>
- Zibechi, Raúl y Michael Hardt (2013). *Preservar y compartir. Bienes comunes y movimientos sociales*. Buenos Aires: Tiempo Mardulce.